

“Porque si se pudiera encontrar en la naturaleza un sexto cuerpo simple, el Sumo Hacedor resultaría disminuido y sería posible achacarle falta de prudencia al no haber previsto desde el principio todas las necesidades oportunas”

Pacioli, L.: *De Divina Proportione*, capítulo LV

Resulta curioso que Pacioli —el franciscano Lucas Pacioli—, naciera en una localidad de la Toscana llamada Santo Sepulcro (San Sepolcro), en 1445, nombre que parece predestinarlo a honrar un capítulo de la vida de Cristo, a través de la Orden Seráfica, que supo popularizar los misterios de la Pasión. Esta pequeña aldea al pie de monte Maggiore hacía gala de contener en su nombre el pasaje evangélico que mencionaba el sepulcro nuevo, abierto en la roca, «donde nadie había sido enterrado». En contacto con aquellos humildes frailes, Pacioli afianzó su fe, abrazando la Orden hasta su muerte, acaecida en 1517. No es extraño, pues, que inconscientemente estableciera una correlación entre las matemáticas, su gran afición, y el sentido teológico de la Resurrección, surgida desde lo hondo del Sepulcro, ya que ella supone no sólo el objeto fundamental de la fe cristiana, sino también la culminación del orden, del universo rescatado. En todos sus estudios y tratados, la idea de proporción es una constante, de tal manera que su obra magna, *De Divina Proportione*, impresa en Venecia en 1509 y dedicada a Ludovico el Moro, Duque de Milán, llega a establecer la semejanza que guarda con las propiedades de la Divinidad. Así, en el capítulo V, afirma que «dicha unidad es el supremo epíteto de Dios mismo, según toda la escuela teológica y también filosófica. La segunda correspondencia es la de la Santa Trinidad, es decir, que, así como *in divinis* hay una misma sustancia entre tres personas —Padre, Hijo y Espíritu Santo—, de igual modo una misma proporción se encontrará siempre entre tres términos, y nunca de más o de menos, como se dirá...». Pacioli continúa argumentando esta tesis y para ello recurre eficazmente a la Teología ya que, como hombre de fe, intenta encontrar a Dios en el conocimiento de las matemáticas, del álgebra, de la geometría, de la aritmética, de la ciencia. En realidad, en este tratado *De Divina Proportione*, el autor lo que intenta demostrar es la supremacía de las matemáticas sobre cualquier otra disciplina, organizada a manera de una sutil y admirable doctrina que converge en una sola propuesta: «la arquitectura, y todo el arte, debe reflejar como *allo specchio*, la estructura matemática del Universo» A pesar de los resabios medievales, su mentalidad renacentista proporciona un rigor moral al conocimiento y realización artística, proponiendo las matemáticas como una vía segura para alcanzar el objetivo supremo de belleza. Las matemáticas, pues, son una referencia obligada para cualquier manifestación de arte.

Esta relación entre las matemáticas y la belleza (arte) ha sido una constante en muchos de los artistas, como Alberto Durero, encarnación del Renacimiento alemán, que llegó a escribir dos tratados uno, sobre geometría descriptiva y otro sobre proporciones humanas —*Underweysung der Messung* y *Vier Bücher von Menschlicher Proportion*—, y numerosas cartas, buena parte de ellas a su amigo Wilibald Pirckheimer, en las que se preguntaba por cuestiones acerca de la perspectiva. Fueron las propuestas de los italianos, sobre todo las de Brunelleschi, las que ejercieron una gran influencia sobre sus planteamientos teórico-artísticos. El célebre arquitecto ya había formulado la posibilidad de considerar el lienzo como una ventana a través de la cual el espectador contemplaba una parte del mundo, utilizando a tal fin una sección de cono (o pirámide) que pone en relación el ojo del artista con el propio tema. Durero no hace otra cosa que experimentar una y otra vez con

las teorías en vigor entonces, concluyendo en la creación de aparatos que eran capaces de proporcionar una correcta perspectiva, algunos de ellos planteados por Leonardo da Vinci. Así surgió su grabado más conocido, *Melancolía*, obra llena de misterio, identificada durante el Renacimiento con la «creatividad» Aquí, Durero hace alarde de sus conocimientos de geometría y de las artes constructivas, sin embargo manifiesta una evidente impotencia ante un mundo que le es inaccesible, que no llega a alcanzar. Los escauceos de Durero le permitieron entrar en contacto con la obra de Euclides, Arquímedes, Ptolomeo y Apolonio.

Lo mismo ocurrió con Leonardo da Vinci, que si bien no se ocupó de escribir tratado sobre matemáticas, dejó en cambio una serie de *Cuadernos* en los que expresaba sus conocimientos científicos. La perspectiva vuelve a ser el quid de la cuestión, advirtiendo que «debe ser preferida a todas las demás pláticas y sistemas del saber humano» En otro *Cuaderno*, afirma: «Todos los problemas de la perspectiva quedan aclarados por los cinco términos de las Matemáticas, que son el punto, la línea, el ángulo, la superficie y el sólido» Sus experiencias fueron incalculables, y muchos de sus tratados e invenciones no se hicieron realidad hasta la llegada del siglo XX. Se le atribuyen los dibujos (60 en total) que ilustran la *Divina Proporcione*, de Pacioli, cuerpos geométricos suspendidos de sus correspondientes cartelas que recogen los diversos nombres en lengua latina. Estos dibujos cuentan con sus respectivas explicaciones, instrucciones y usos en un capítulo que cierra la mencionada obra.

Fruto de la observación y la reflexión, y manteniendo una analogía con los postulados estéticos y filosóficos tanto de Pacioli como de aquellos otros artistas y teóricos del Renacimiento que, apoyados en la concepción neoplatónica, concebían el universo como una unidad armónica dependiente de un orden superior, es la obra de Román Hernández, que proyecta esa inclinación hacia las proporciones como lenguaje, dejando entrever el misterioso discurso establecido entre la medida, la sabiduría y la admiración convertidos en materia. Se trata de una constante búsqueda que tiene al arte como punto convergente para establecer todas las conexiones posibles hacia el encuentro de la realidad humana, por inaccesible que pudiera ser. En toda su producción, Román Hernández manifiesta una inquietud vital, no tanto de forma como de pensamiento; escudriña en la mente humana para encontrar las huellas de Aquel que hizo posible la sabiduría. La relación entre el hombre y el Creador se establece a través del símbolo, de igual manera que lo expresó Leonardo da Vinci en las ilustraciones de *De Divina Proporcione*: Un fino hilo, una fibra secreta sirve de aliento y fuente para el conocimiento de lo hermoso, e incluso de la imperfección que hay en nosotros. En las obras *Dios Padre ejecutor I y II*, realizadas en madera y terracota policromadas, el escultor condensa todo el pensamiento en relación con la estructura misma del universo, haciendo referencia al pensamiento de Pacioli, de la que no se halla lejos la crítica de Bréal en cuanto a la ciencia de las formas que viven en el espacio y en la materia. Ante el *Dios Padre ejecutor* nos preguntamos, por tanto, si esas formas vivían ya en el espíritu; esos espacios que no se pueden medir ni describir se robustecen de fuerzas desconocidas que le otorgan a la realización artística la categoría de lo inédito. El hilo que verticalmente desciende de lo Alto, sin desviación alguna, transmite al hombre la conciencia que le procura tomar forma, es decir, el espíritu se describe a sí mismo, y como consecuencia, nos habla de aquella Fuerza superior. En la citada obra de Román Hernández, el arte no es una cuestión de superficie, de estética, de cálculos y de formas. El proceso de lectura es a la inversa; aquí nuestra mirada no traspasa la materia para llegar al interior, sino que brota desde dentro. No podemos comprender el resultado contemplando sólo las formas. El escultor nos propone adentrarnos en la propia realización artística para mirar hacia fuera, es decir, sentir lo mismo que lo representado, pues la vida de las formas tiende a crear un mundo que actúa y reacciona. La mirada interior. El arte no es una huella, sino el acento, una actividad creadora, algo así como lo que afirmaba Eckhart sobre la imagen interior del alma.

Cada una de las esculturas de Román Hernández se hace reflexión, reflejando el esfuerzo por traspasar los límites propios de la materia. Busca más bien el ámbito de lo sabio, de la pregunta, del inconsciente. Sus obras nos interpelan, inquietándonos y obligándonos a buscar una razón al ritmo de cuerpos geométricos suspendidos del Éter. Son manifestaciones que ponen de relieve la madurez artística del autor, capaz de llevarnos al misterio de la vida, de las cuerdas que conducen nuestra conciencia. A través del elemento geométrico, que en el caso de Pacioli —que recurrió al

*Timeo* de Platón— se reduce a cinco formas regulares, Román Hernández bucea también en el significado que encierran estos cuerpos simples: la tierra, el aire, el agua, el fuego y el cielo. La relación existente entre la cabeza humana y la esfera —otra de las representaciones escultóricas— plantea la idea de universo, siguiendo los comentarios de Platón: «La cabeza humana es la imagen del mundo» (*Timeo*) Se produce, por tanto, el microcosmos. Es cuando el hombre descubre que tiene bajo sus pies la tierra, que lo sostiene; el espacio como vivencia. El cielo, en cambio, es lo infinito e ilimitado. En su mente se concentra la realidad como percepción, experimentando el mundo que le rodea. Según afirma Kretschmer, en «el mito del espacio se hacen presentes las dimensiones fundamentales de la existencia, la hondura y la anchura, que en su conjunto constituyen el universo en sentido subjetivo y objetivo» El círculo no sólo se revela bajo la experiencia del curso de los astros, sino también a través de la propia naturaleza humana. El yo es el centro del ciclo vital.

El hombre está convencido de que existe una conexión entre los poderes superiores e inferiores, como si de un cordón umbilical —cordón cósmico— se tratara; un «lazo del cielo y de la tierra» (Lurker), que Román Hernández sabiamente representó en una de estas obras en las que un correcto perfil mantiene inmóvil su mirada sobre una plomada. Siguiendo las palabras de Biedermann, su autor plantea con el citado instrumento simbólico esa conexión que «se hunde en la conciencia y examina la línea recta de la obra arquitectónica espiritual», y que Le Corbusier define como el flexible símbolo de la verticalidad.

El número está presente en la concepción del arte de este artista. No el número exclusivamente matemático, sino como imagen del mundo, con la división del espacio y del tiempo. El hombre en medio de ese mundo-número que intenta comprender bajo la observación empírica o por el esfuerzo especulativo-intuitivo. Son los cuerpos geométricos que, suspendidos, intentan explicar las realidades complejas con sus innumerables manifestaciones, haciéndolas visibles y pensables al espíritu humano. Y en cada una de sus obras aletea el espíritu de Pacioli, que da vida a todo el tratado, pues «todo aquello que se encuentra distribuido por el universo inferior y superior se reduce necesariamente a número, peso y medida» La intrincada simbología de los diversos cuerpos geométricos, de caras que se encuentran y de líneas que convergen o divergen, para conformar las ideas. Como afirma Cirlot, en el encuentro de las líneas «hay la idea de conflicto, en el cambio de dirección se implica la de una suerte de “voluntad” interna de la línea». De igual manera define al ángulo recto como “racional”, y al agudo como «agresivo» o dinámico. Todo un lenguaje que se pone al servicio del conocimiento del hombre. Román Hernández no se conforma con demostrar únicamente una madurez artística, un dominio de las técnicas y un conocimiento de la anatomía escultórica, sino que pone de manifiesto sus conquistas en el conocimiento de los valores internos de su propia obra, universalizada, enriquecidas por la nunca interrumpida consulta de los clásicos como camino y fuente de las verdades esenciales, reglas gobernadoras que otorgan otra perspectiva al resultado artístico. Un arte que va más allá de su valor cotidiano, convencional y práctico, y que se esfuerza por hacer comprensible la pluralidad de las cosas, ofreciendo al hombre un mundo distinto y más capaz.

Gerardo Fuentes Pérez

Texto del catálogo de la exposición “Intuición metafísica *versus* lógica matemática” (Homenaje a Luca Pacioli, II)”, editado por la Sociedad Canaria Isaac Newton de Profesores de Matemáticas para las XI jornadas sobre aprendizaje y enseñanza de las matemáticas, La Laguna, 2003.